

El edificio que ántes tuvo San Hipólito fué mayor que el que tiene ahora; el convento que le era anexo sirvió el año de 1847, de hospital de sangre y allí fueron asistidos mas de trescientos heridos; en 1851 fué cedido el local á la Escuela de Medicina y á los dos años se le quitó por un decreto de Santa-Anna para convertirlo nuevamente en cuartel; despues fué devuelta esa porcion del edificio á la Escuela que lo enagenó y hoy se han levantado allí habitaciones particulares; se cree que esa parte fué el hospital primitivo fundado por Bernardino Alvarez, separado indebidamente de la fundacion primitiva, y que solamente en parte estuvo ocupado por la comunidad.

El servicio médico está á cargo del profesor director del establecimiento y de otro que le auxilia en sus faenas; en la parte administrativa hay un jefe ó prefecto; un ecónomo, varios criados celadores, un cocinero, un galopin, un refitolero, dos porteros y dos lavanderos. Siempre hay mas de doscientos enfermos en cuyos alimentos, medicacion y otros gastos se invierten trece mil pesos ordinariamente, además de las cantidades extraordinarias. Los enfermos tienen en los patios de ambos departamentos juegos de bolos, damas, ajedrez, pelota y raqueta, algunos escriben, tocan la guitarra y desempeñan varias faenas del establecimiento.

Hasta hace poco tiempo ha estado el hospital encargado á la Junta de Beneficencia, á la que pasó cuando dejó de pertenecer al Ayuntamiento desde Enero de 1877, en que se estableció la «Direccion de Beneficencia Pública,» á cuyo cargo quedaron los hospitales, hospicios, casas de correccion y establecimientos que entónces estaban al cuidado de la corporacion municipal.

Hay en el establecimiento botiquin, máquina eléctrica y baños, se ha permitido poco á poco á varios de aquellos enfermos, que no se acuesten al oscurecer segun ántes lo hacian, pues en el invierno tenian que recogerse á las cinco y media de la tarde; desde 1869 posee el establecimiento un ataúd con cerradura y barnizado por afuera; hay cuartos con sillas y mesas para escribir ó de noche, catres, aguamaniles, toallas, jaboneras y bandejas. Ocúpanse algunos en el dibujo y la escritura, pero solamente en copias, ó se ejercitan en el juego de la pelota, la raqueta y en la gimnasia; los dementes, en su mayor parte, permanecen acostados al sol ó sentados en los poyos de mampostería que tienen asientos de losa bien pulidos; los pacíficos cultivan la verdura de la huerta, los arbustos y las flores, cuyo trabajo los entretiene y divierte, cuidando el jardinero á los que se entregan á esas faenas. Las tasas y platos que usan los dementes son de fierro y las mesas del refectorio están forradas de zinc; la ropería y biblioteca han mejorado considerablemente.

\*

Cuando se visita aquella mansion de dolor y de profundos é irremediables sufrimientos, reciben los dementes al visitante con saludos mas ó ménos afectuosos, en recompensa de los cigarros que es costumbre regalarles; algunos le siguen con irrespetuosa y penetrante mirada y otros permanecen indiferentes conversando consi-

go mismos ó entregados al desarrollo de los proyectos que les preocupan; algunos le ofrecen composiciones en verso; otros le hablan de un remedio infalible para los callos; el de mas allá asegura que nada se hace en la República sin que le consulten los que mandan; quién considera que todo es igual y por lo mismo es indiferente dar ó no de palos á álguien; uno propone que se violente la construccion de una escuela en el centro de cada manzana, y otros conversan acerca de su definitiva curacion.

Rodean al visitante muchas fisonomías vulgares, porcion de figuras que infunden lástima y terror por lo estenuado de los rostros, el color cetrino y la languidez que los devora; algunos idiotas se cubren la cara con las manos, otros se alejan de toda sociedad, y generalmente un loco se acerca á decir, con cierta reserva, que está allí por fuerza y que desea que su familia lo sepa, para robustecer su opinion cita la calle y el número de la casa á que ha de ir el portador de la noticia, al cual recomienda tambien, tome por suyo el empeño porque se descubra la criminal accion de encerrar en una casa de locos á un cuerdo. Muchas veces se ve embrazado el visitante porque le cercan multitud de aquellos infelices, molestándole con sus impertinencias y extravagantes pretensiones; pero ceden cuando les reprende el que los cuida.

Encuétrase en el patio principal uno que otro loco taciturno, pues se estacionan generalmente en sus departamentos ó en el refectorio, donde permanecen siempre con el mayor orden y sosiego, sin que alguno perturbe el silencio de los demás, si no es por una que otra carcajada estridente; allí esperan aquellos infelices la satisfaccion de la imperiosísima necesidad que ocasiona el hambre mucho mas exigente en algunos dementes que en los sanos.

Visitando una vez aquel hospital, me fueron referidos varios de los temas mas notables de que se hace memoria: allí se ha proyectado reformar completamente á los hombres y los medios son de indefectible resultado; formar piso seguro sobre el océano; curar la locura sin apelar al régimen de los baños frios; un general con sombrero montado, hecho de papel y con los pantalones enrollados y la levita en forma de casaca, da órdenes para el buen éxito de una batalla; otro se aplaude por ciertos descubrimientos que ha realizado. Hubo hace algunos años, un demente que estaba asido constantemente á una columna, sin variar de postura sino para comer, dormir y otros quehaceres indispensables; pero apenas comia levantaba los brazos apoyando las manos en la pared, con la fisonomía desconcertada y fija la mirada en el suelo, permanecia inmóvil como una estatua esculpida al muro; algunos pintan toscas figuras que consideran obras de arte, y no ha faltado quien pretenda hacer *cuadrado* al mundo ó lazar el chorro de agua de la fuente que hay en el patio principal; allí se ha considerado resuelta ya la cuadratura del círculo, para lo cual hay que variar ántes la forma de la tierra; cierto notable abogado que estuvo de huésped en San Hipólito, aseguraba haber encontrado la manera de resucitar los muertos usada ya en la resurreccion de Lázaro; pero recomendaba el mayor sigilo en todo.



Hoy, en Noviembre del año de 1881, hay algunos enfermos cuyos delirios y temas tienen innegable importancia. El Padre Conejo cree que fué llamado por el Presidente D. José Joaquín de Herrera para Ministro de Relaciones; pero que sus compañeros, por envidia le encerraron en San Hipólito; está allí desde el año de 1861 en que fué trasladado del hospicio de la Santísima; la principal manía en la locura del Padre es de tener grandezas: la megalomanía; se siente muy excitado todas las mañanas y razonable y tranquilo en el resto del día.

Jesús Ruiz, desde hace cerca de ocho años padece delirio de persecución y cree que está en el hospital por orden del Sr. Lic. Tiburcio Montiel; este tema de su locura le molesta constantemente y es casi el único objeto de su delirio. Ruiz trabaja perfectamente el migajón, haciendo toda clase de retratos y figuras muy bien acabadas.

Perfecto Blanco, natural de Oaxaca, donde hizo algunos estudios, está enfermo de ilusiones y alucinaciones verdaderamente extraordinarias: ve que la torre de Catedral se desprende de su base y *hendiendo el espacio*—frases que él emplea—viene á posarse sobre su cabeza y agobiándole tan enorme peso permanece Blanco horas enteras con la cabeza inclinada y sostenida entre las manos, como quien soporta una inmensa mole; otras veces es el Popocatepetl el peso que carga y llega á ser uno de los polos lo que ese infeliz soporta; suele consistir la alucinación en sentir que el badajo de la torre de Catedral—no de una campana—se le introduce en la boca y entonces por tal causa se le producen verdaderos accesos de sofocación, pues dice que el badajo le impide respirar.

Lo más singular de esa enfermedad consiste en que el enfermo conserva bien una parte de su razón, pues comprende que sus alucinaciones son *una sensación puramente virtual*; pero sostiene y da inequívocas pruebas de que él las siente real y positivamente, circunstancia extraordinaria que le hace sufrir mucho y pedir al director del establecimiento que le ministre morfina, estriquina ó alguna otra sustancia que le quite una existencia que no soporta ya. Cuando le cae la mole en la cabeza ó en los hombros, se queda en la actitud del que sostiene un gran peso y comienza el delirio en el que, para quitarse la carga de encima, tiene que pedir en una oración perdón de sus pecados y dirigirse á Dios, pero ha de colocar las oraciones entre las vocales de las palabras del Ave María y luego otras entre ciertas palabras de las mismas oraciones, de manera que es un delirio de los más trabajosos y molestos.

Hay otros enfermos dignos de estudio, entre ellos cinco de *locura ambiciosa* que se creen Dios, reyes, papas, emperadores y que son poseedores de casas de oro y palacios de cristal, en una palabra, que todo lo que ven les pertenece; algunos hay que no encuentran palabras ni números para expresar la cantidad de dinero que tienen; hay otros melancólicos que se sumergen todo el día en la más profunda distracción, ya rezando ó bien tristes y meditabundos porque creen que no tiene remedio su mal, que les falta alguna entraña ó que tienen algún animal dentro del cuerpo.

Actualmente abriga el hospital doscientos trece enfermos, habiendo aumentado considerablemente el número á causa del alcoholismo, engendrado por el gran número

de expendios de bebidas espirituosas y que cada día es mayor; entre aquellos enfermos hay más de setenta epilépticos.

¡Lástima grande es que no se haya formado un archivo especial para poder estudiar todos los diversos delirios de los individuos que han estado en aquel hospital, en que se usaron grillos, cepos y demás que prohibió el Sr. Vieyra, cuando fué gobernador del Distrito, haciendo trasladar á la Diputación aquellos instrumentos de horror y de consternación tratándose de los infelices dementes! Entiendo que ya hoy ningún castigo se les aplica, procurándose solamente que mejoren en su salud ó aliviarles el peso de su deplorable desgracia. No sin alguna propiedad, se ha llamado muchas veces cárcel de locos al hospital en que se reciben los pobres enfermos de trastorno cerebral y en donde se ejerce la caridad. En Febrero de 1821 se publicó en México la excomunión de los religiosos hipolitanos, y entonces el Ayuntamiento nombró al regidor D. Manuel Balbontín, para que encargara del hospital á una persona honrada y caritativa que lo fué D. Juan Rodríguez y después D. Juan Tames. Los enfermos que van á San Hipólito, pueden dividirse en dos clases: unos libres y otros reos; pero todos, al entrar á aquella casa, van con el mismo fin de curarse, saliendo los primeros cuando el médico los dá de alta y los otros previas las condiciones legales.

Son recogidos allí los dementes, idiotas, maniáticos, epilépticos y algunos con otras imperfecciones además de la desorganización cerebral, los cuales están colocados en uno de los tres departamentos existentes quedando al cuidado de los enfermeros; en un local relativamente reducido, para que cómodamente puedan estar los dementes que casi siempre permanecen en aquel establecimiento, no es posible que se obtengan todas las buenas condiciones que exigen los hospitales de esa especie; además no siempre se ha tenido el debido esmero para cuidar á tantos desgraciados, pues durante muchos años se usó en la cocina batería de cobre y fué muy grande el número de dementes envenenados, hasta que el cobre se estañó. Entre los recursos que debe tener una casa de la naturaleza del hospital de San Hipólito, se enumeran el local extenso, los paseos, ejercicio en el cultivo de la tierra y otros que entretengan el espíritu y pongan en agitación el cuerpo, de esos recursos se cuenta allí uno solo: el establecimiento de un jardín, que aunque no grande, satisface al objeto de servir á los infelices enfermos; en ese lugar se abrió un pozo brotante.

Ocupanse algunos dementes en ciertos trabajos, ya de albañilería, ya en hacer á veces aventadores, puntas de hilo, cintas, redes para pájaros, otros remiendan, trabajan la hojadelata y aun los hay que se ocupan en escribir, algunos barren el establecimiento y muchos nada pueden hacer por las enfermedades que sufren. Suelen vestirse los enfermos con sacos; úsase vajilla de metal para ahorrar gastos y desde hace algunos años la asistencia médica es bastante buena.

Hay enfermos de epilepsia simple, con manía y melancolía; demencias agudas, crónicas, intermitentes, remitentes; alcohólicos maniáticos, dementes y melan-

(1.) Informe publicado en 1847.



cólicos; otros atacados de locura circular, paralítica, *delirium tremens* é idiotismo, siendo imposible hacer exactas y determinadas clasificaciones.

Distínguense exactamente los imbeciles y los idiotas, esto es, aquellos en que el habla es monótona y defectuosa y los que poseen la palabra profundamente confusa ó completamente nula; los idiotas revelan su enfermedad cerebral por defectos físicos, principalmente en la cabeza cuya forma es irregular, muy pequeña ó muy grande, la frente casi siempre estrecha, las facciones irregulares, sin expresion, los labios caidos y los ojos afectados de estravismo; la mayor parte de los idiotas son mal conformados y á menudo se balancean y ejecutan movimientos automáticos, se golpean la cabeza ó la cara, hacen gestos y la inmovilidad no les es posible; comen sin demostrar preferencia por los alimentos por diverso que sea el sabor de estos, no se molestan por el mal olor, quedan indiferentes á lo que pasa delante de ellos y sus sentidos no guardan equilibrio; en los corredores y dormitorios del hospital de San Hipólito encuentra el visitante idiotas en el mas alto grado de estupor, ó con movimientos variables y sujetos á periodos de cierto grado de excitacion maniática; el idiota epiléptico es el mas generalizado; pocos idiotas propiamente tales llegan allí á una edad avanzada, al contrario de los imbeciles que alcanzan larga vida bajo las condiciones ordinarias de existencia.

Los tratamientos empleados con la mayor parte de los idiotas son paliativos, buscando cuales son las facultades del paciente que existen en el estado rudimentario, se procura sacar el mayor partido posible de lo que se descubre y por medio de la educacion mejorar la mente de esos desgraciados, en este trabajo podrian servir de modelo las escuelas establecidas en Francia, en Bicetre y la Salpetriere ó la de Earlswood, cerca de Lóndres.

En la casa de San Hipólito se encuentran rarezas entre los que no gozan de la integridad de sus facultades intelectuales, morales ó afectivas, ya sea que no hayan adquirido el debido desarrollo ó que hayan sufrido perturbaciones y desarreglos mas ó ménos profundos; allí hay individuos cuyas facultades intelectuales van poco á poco debilitándose hasta perderlas completamente y llegar á la demencia que poco se diferencia de la locura, en tanto que es marcadísima la diferencia que separa al loco y al idiota. Entre la locura y la razon existen situaciones intermedias difíciles de precisar; la locura ha sido siempre objeto de estudio y de preocupacion por aquellos que se consagran á trabajar por la solucion de los problemas que mas afectan á la humanidad: atacado el hombre en lo que tiene de mas noble y elevado, privándole de los atributos que constituyen su personalidad, quitándole la superioridad con que domina en todo lo que le rodea, la pérdida de la razon ha sido justamente el problema mas interesante á que se puede dedicar la inteligencia de los hombres pensadores; á esta cuestion van unidas otras de importancia sobre el alma y la materia, brotando de aquí la lucha entre la metafísica mas abstracta y el materialismo mas esclusivo, porque se olvida que no es posible conocer la esencia del principio que nos anima.

Parece hasta hoy imposible determinar la naturaleza exacta de la locura, de ese

desarreglo mental que existe como una enfermedad preexistente, de esa afeccion cerebral ordinariamente crónica, casi siempre sin calentura, caracterizada por los desarreglos de la sensibilidad, la inteligencia y la voluntad, sin que se alteren las funciones puramente materiales; la locura no reconoce siempre las mismas causas para casos semejantes; coincidencias ó efectos que no son mas que la primera manifestacion de la enfermedad, se dan como causas de lo que produce la locura, generalmente proveniente de un conjunto de influencias que muchas veces ni se sospechan y que vienen á ser los factores de un resultado complejo.

\*

Á principios del presente siglo habia en el hospital de San Hipólito la mitad de los dementes que hay ahora; mas como la poblacion de la capital era numéricamente la mitad que la de hoy, no se puede decidir si el progreso de nuestra civilizacion ha sido causa predisponente para el desarrollo de la locura; pero por inducciones aproximativas se puede asegurar, que excepto en las perturbaciones por el alcoholismo, ninguna otra influencia se nota para creer que aumenta el número de dementes con la civilizacion; sin embargo, para resolver con exactitud en esta materia hay que comparar datos estadísticos que no poseo, pues ahora se están recopilando y esto es obra del tiempo. La civilizacion, objeto principal del esfuerzo de todas las sociedades, se adquiere al precio de sufrimientos: cada paso en el progreso exige víctimas, cada victoria se adquiere con dolorosos sacrificios, en esa lucha en que los débiles sucumben y los fuertes sobreviven, sostenida lo mismo por las sociedades en la infancia que por las mas adelantadas, traen los adelantos nuevas necesidades, intereses que se multiplican bajo todas formas y que producen una tension moral é intelectual, la exaltacion del espíritu que pone fuera de combate á los que no están templados para ser sometidos á semejantes pruebas; la industria, llevada á su grande desarrollo, aniquila al hogar doméstico, rompe los lazos de familia y facilita la desmoralizacion precoz; la multiplicacion de tabernas produce hábitos que vienen á determinar la locura; pero tambien la civilizacion aumenta los medios de subsistencia, destruye la miseria y contraria las epidemias que diezman á las sociedades primitivas y que son tan funestas para el espíritu y el cuerpo, y acaba porcion de supersticiones, nigromancias y hechicerías que descarrian tantos cerebros perturbando la razon; la civilizacion trae bienes y males, y siempre el abuso va al lado del progreso que por una parte tiende á aumentar el número de enagenados, disminuyéndolo por otra; ¿pero van en igual proporcion? hé aquí el problema que el tiempo resolverá, sin que en el caso contrario á la civilizacion pueda ésta detener su marcha, pues le bastará asegurar una asistencia mas generosa á los que tengan que sucumbir en la conquista del adelanto.

Desde que se instaló el Hospital de San Hipólito hubo gran número de dementes, y se ha atribuido esto al régimen político y social que implantó la conquista; pero yo considero exagerada esta opinion: sin duda que las grandes catás-



trofes como la que sufrió México al principio del siglo XVI, son un motivo de duelo, de ruina y de perturbaciones de toda especie que trastornan las inteligencias sometiendo á pruebas durísimas; pero estos hechos no han sido mas que causas indirectas, ocasiones, accidentes y no el fondo mismo de las afecciones que se derivan de la predisposición del cerebro.

Las principales causas de la enagenación mental en el hospital de San Hipólito, según entiendo, son la predisposición por herencia que viene hasta de los abuelos, por medio de la herencia alternativa; la frecuencia en las bebidas alcohólicas y la debilidad proveniente de los placeres carnales; no se encuentran en San Hipólito dementes jóvenes, pues casi todos han llegado al periodo de la vida en que los intereses, las fatigas y toda clase de preocupaciones alcanzan el grado de mayor intensidad; enorme es la proporción de célibes dementes con relación al resto de las clases de otro estado civil; predispone también á muchos espíritus la cultura forzada que comienza desde la escuela con la encarnizada emulación, ó por la inflexible severidad que priva á los niños de las expansiones tan gratas y necesarias en la tierna edad.

Encuétranse en ese hospicio dementes á quienes causas morales han determinado la enfermedad y otros que reconocen por motivo causas físicas; porción de locos revelan en sus semblantes el hastío y el pesar, dolores inmensos que no tienen remedio ni mas fin que el de la vida; entre palabras pronunciadas en voz baja, entre monosílabos que de cuando en cuando brotan de espíritus sombríos, se perciben pesares domésticos, pérdidas de fortuna, duelos de familia, amores decepcionados, remordimientos, nostalgia, grandes ambiciones de imposible satisfacción, venganzas, miedo ó envidia, afecciones que ejerciendo sobre el espíritu acciones depresivas terminan en delirio generalmente melancólico ó en aislamiento prolongado; también hay allí maniáticos religiosos, muchos por excesos carnales ó por el paso de una vida activa á la ociosidad ó por haber caído en la miseria que debilita al cuerpo y mata al espíritu.

El delirio no se observa generalmente entre los indígenas que están mas propensos al idiotismo; la causa física que determina generalmente la locura entre los enfermos de San Hipólito es el frecuente uso de bebidas alcohólicas, uso que por desgracia va tomando en nuestra sociedad un desarrollo alarmante, sin que se pueda explicar la causa, pues nuestro clima no excita á beber; felizmente esos abusos del alcohol aun no se desarrollan entre las mugeres y esta circunstancia sirve para contener el mal; entiendo que no hay en ese hospicio demente alguno cuya enagenación provenga del uso del opio, ó la belladona, en tanto que muchos hay que deben su locura á los vicios y algunos á la insolación que es una de las causas eficaces de la locura.

En las salas de aquel hospicio percíbense las manifestaciones del delirio en sus mas variadas formas: exaltado, incoherente, ya presentándose melancólico, ya con carácter ambicioso ú optimista, viendo el demente hermosos palacios ó prendas suntuosas de oro y plata que le pertenecen; el visitante percibe palabras tartamudeadas que

acusan difícil pronunciación, movimientos torpes que indican la parálisis incompleta, ó convulsiones que manifiestan la epilepsia, casos en que se revela la estupidez, la impotencia aun para sustraerse á sensaciones dolorosas ó para satisfacer las necesidades mas esenciales en la vida; se encuentra el visitante con locos excitados, cuyos movimientos son violentos, exaltados y como automáticamente destructores, dementes que corren, brincan, se mueven por muchas horas de un lugar á otro, quiebran lo que encuentran y aun desgarran sus vestidos, impulsados no por una voluntad consciente, sino por irresistible exaltación de la tendencia al movimiento: por la noche crecen los crueles padecimientos, casi todos los enfermos caen en el insomnio ó no duermen sino de una manera fugitiva, manifestándose las torturas intelectuales y las alucinaciones, de una manera mas aguda entre las sombras que bajo la benéfica influencia del día; perciben con toda claridad lo que les molesta, de repente saltan de la cama; dementes hay que, por el contrario, duermen constantemente aun de día; algunos apenas comen abstraídos con la superabundancia de ideas ó bajo el terror del envenenamiento, y otros, al contrario, sobreexcitados sus fuerzas digestivas, muestran apetito devastador y algunos comen restos de cigarro, paja, guijarros y aun inmundicias.

Hay en San Hipólito enagenados atacados de las diversas variedades de tortura mental, maniáticos ansiosos, apáticos; estúpidos, locos hipocóndricos, con delirio de persecución y megalomanía ó delirio de grandezas y con demonomanía, preséntanse al estudio locuras epilépticas, histéricas y en todas las demás formas que reconoce y admite la ciencia, dementes cuyo cerebro está atrofiado, idiotas é imbeciles. Algunos enfermos presentan en su estado intermitencias ó remisiones que parecen volverlos á la vida ordinaria, pero otros con el delirio de persecución, de grandeza, melancólico ó hipocóndrico, rara vez están en condiciones de curación real y durable, y la demencia, el idiotismo y la imbecilidad jamás logran llegar á una curación propiamente dicha, siendo muy excepcional que pueda curarse un loco que haya pasado de los sesenta años. Allí se manifiestan la manía, el delirio melancólico, la monomanía ó delirio parcial, las alucinaciones y la locura con todos sus terribles caracteres y circunstancias de la epilepsia, el cretinismo y la imbecilidad.

El tratamiento que reciben en San Hipólito los enagenados es humano y cual conviene á los desgraciados enfermos del espíritu, á seres que tienen entorpecida la parte mas noble de su ser y que casi nunca tienen conciencia de su desgracia ni reconocen las relaciones de familia, de sociedad y de negocios de cualquiera naturaleza; tal estado, no puede inspirar mas que interés y piedad á todos los que tienen que hacer con infortunios de tan grande magnitud; los directores de ese establecimiento comienzan por compadecer y comprender la situación que guardan los locos y acaban por amarlos y satisfacerles sus gustos. Todos los dementes tienen derecho á que se les trate con estremada consideración, todos reclaman simpatías y cuidados, aunque sean diferentes los métodos que se les apliquen; considera el médico si la locura es aguda y susceptible de curación, ó al contrario,